



RICARDO CHÁVEZ CASTAÑEDA¹

Middlebury College, USA - rchavez@middlebury.edu

Artículo recibido: 15/02/2016 - aceptado: 13/04/2016

LA ESCRITURA Y LA LECTURA DE LA ESPERANZA O LA RISA MÁS JOVEN DEL MUNDO

RESUMEN:

El siglo XX marca un antes y un después en la concepción de la niñez. El mundo adulto se centra en el cuidado de las nuevas generaciones y escribe para ellas, nace así la literatura infantil. Una literatura en la cual el buen humor es la clave de todo lo que se lee y se escribe. Se distinguen, así mismo, dos espacios vitales. Por una parte, el denominado «mundo de arriba» donde habitan los adultos y se percibe la realidad «real». Por otra, el «mundo de abajo», una realidad «disfrazada» creada por los adultos para los niños con el propósito de protegerlos y mostrarles solo la belleza de la vida.

En este sentido, ¿es conveniente enseñarles a los niños el «mundo de arriba»? ¿Representa «el mundo de abajo» un cosmos tan alejado del universo de los adultos? Las respuestas son negativas, por tanto, la literatura constituye una herramienta básica para enseñar a los niños a convivir con lo «intoxicado». Esta convivencia se muestra favorecida por el fomento de la literatura de la esperanza cuyos escritores deben «pescar» y/o «cultivar», es decir, perseguir y sembrar. Y, ¿cómo se crea esta literatura teniendo en cuenta la verdad? A través de las posibles lecturas del mundo: la mentira, la verdad en bruto y la verdad elaborada. Esta última es la esencia, la escritura de una verdad que aboga por la ternura y el cuidado a los temas escabrosos. En definitiva, no hay temáticas adultas o infantiles, la diferencia reside en la perspectiva.

PALABRAS CLAVE: Literatura infantil, «mundo de arriba», «mundo de abajo», literatura de la esperanza, verdad elaborada.

¹ Ricardo Chávez Castañeda (México, 1961) narrador e integrante del Crack, tiene más de 50 libros publicados con los cuales ha obtenido reconocimientos en España, Argentina, Ecuador, Cuba y en su propio país.

ABSTRACT:

The twentieth century marks a turning point in the conception of childhood. The adult world focuses on the care of new generations and writes for them, children's literature is born. A literature in which the humour is the key to everything read and written. Two vital spaces are distinguished. On the one hand, the so-called «mundo de arriba» inhabited by adults and where the «real» reality is perceived. Furthermore, the «mundo de abajo», a «disguised» reality created by adults for children in order to protect and show them only the beauty of life.

In this sense, is it appropriate to teach children the «mundo de arriba»? Does the «mundo de abajo» represent a cosmos so far from adults' world? The answer is negative; therefore, literature is a basic tool to teach children to live with the «intoxicated». This coexistence is favoured by the promotion of *literatura de la esperanza* whose writers must «fish» and / or «grow», ie, pursue and sow hope and values. And, how is this literature created taking into account the truth? Through the possible readings of the world: lie, truth and the elaborated truth. The latter one is the essence, writing a truth that advocates for tenderness and care in controversial themes. In short, there are not adult or children's issues, the difference lies in the perspective.

KEYWORDS: Children's literature, «mundo de arriba», «mundo de abajo», *literatura de la esperanza*, the elaborated truth.

I

Hay en la literatura algo que podríamos llamar esencialmente «humor» y dividir así en dos a la literatura: poner de un lado aquélla que con buen humor se escribe y que con buen humor se lee, y poner del otro lado aquélla que desde el mal humor se crea y desde el mal humor se necesita. A la primera le hemos llamado «literatura infantil» y a la segunda le denominamos simplemente «literatura». Y es entonces el humor—no la complejidad o sencillez estructural, no el uso lingüístico, no la tipología de personajes—la cualidad que las distingue.

La intención «humorística» de la literatura infantil se origina, tiene su causa primordial, en el público lector al que se dirige. Dicho de una manera obvia, pero al mismo tiempo provocadora: si no existiesen niños, no sería necesario el buen humor ni para leer ni para escribir.

Este tipo de buen humor del que voy a hablar aquí es el humor más joven de la humanidad. Tiene apenas cien años de existencia y es preponderantemente un producto occidental.

Si no se comete el error de confundir la fantasía con literatura infantil—y entonces no se piensa en *Las mil y una noches*, por ejemplo- y si no se comete el error de confundir

los mitos y las leyendas con literatura infantil— y entonces no se piensa en la recolección de historias orales hecha por los hermanos Grimm, por ejemplo-, entonces podrá aceptarse la obviedad de que la literatura infantil nace con el concepto de «niñez» y que esta literatura es uno de los productos de la llamada «centuria feliz»: los cien años en los cuales el mundo occidental quiso por primera vez en la historia hacerse cargo con toda conciencia y con entera dedicación de sus nuevas generaciones. Sí, el siglo XX.

Cien años puede parecernos nada en comparación con la larga historia documentada y con la larguísima prehistoria de nuestra especie, y sin embargo, casi todos los seres humanos vivos hoy en día provenimos de allí. Quienes actualmente poblamos el planeta —la humanidad en turno—, hemos nacido en esa centuria feliz (algunos cuantos en los primeros años de este siglo XXI, y salvo por excepciones inverosímiles en personas cuyas edades oscilen entre los ciento veinte y los ciento diez años, sólo quedamos nosotros); el 99.99999999% de la humanidad actual somos pues fruto de esta centuria. Sus hijos predilectos por ser sus únicos hijos.

El «buen humor» con que se nos recibió al llegar al mundo a cada uno de nosotros no tuvo que ver con la risa y la sonrisa cultivadas por la literatura de todos los tiempos —esa gracia nacida en la comedia griega y que se fue ramificando en la literatura satírica, en las parodias, en los entremeses, en el humor negro, en la ironía, en el cinismo y etcétera, etcétera, etcétera—. La gracia con que se nos envolvió como en aterciopelada manta y donde se nos meció como en maternales brazos fue un humor distinto, recién inventado, algo unido a la benevolencia, a la protección, a la delicadeza.

Tal literatura benevolente, tal literatura que protege, tal literatura delicada es lo que en el presente texto denomino «buen humor»: el buen humor con que se escribe y el buen humor con que se lee el mundo a través de palabras y de historias cuyo sentimiento fundamental es la ternura.

Tierno, según el diccionario es aquello «que se deforma fácilmente por la presión y es fácil de romper y partir». La ternura en la literatura sería entonces la cuidadosa preocupación de traer, a través de la palabra, un mundo que no haga daño.

II

¿Qué se escribirían a sí mismos los niños si fuesen ellos quienes se escribieran la literatura, su literatura?

No hay escritores precoces a diferencia de lo que sucede en la música, la matemática, el ajedrez —la genialidad de los niños—, porque además de la complejidad de ese

«La escritura y la lectura de la esperanza o la risa más joven del mundo» 21

«instrumento» literario que es el lenguaje, narrar supone conocimientos anchos, largos y profundos tanto del mundo humano como de la subjetividad humana, mismos que se obtienen sólo con vida, viviendo.

Es imposible entonces saber lo que se escribirían los niños. Lo más probable, sin embargo, es que no se dieran las historias que nosotros les damos.

Sospechemos más allá de la imposibilidad de los niños para hacerse su propia literatura. ¿Por qué los adultos les escribimos a los niños? ¿Por qué lo que les escribimos no sería lo que ellos se escribirían de poder hacerlo?

Como dije antes implícitamente, el siglo XX será recordado no por las guerras y los genocidios —la violencia del ser humano contra el ser humano es un mal endémico que sólo se perfecciona— sino por su fe en el cuidado de las nuevas generaciones.

El siglo XX no es el inventor del concepto de «niñez» ni de la escuela, pero sí es su culminación como hechura de una realidad distinta a la adulta. Llamémosle «el mundo de abajo».

Es en el siglo XX cuando nacen o se cristalizan la pediatría (alimentación, vacunas, salud), la pedagogía y la psicología (desarrollo, normalidad, patrones), el jardín de niños y los parques, la producción del juego y del juguete, los derechos infantiles y, por supuesto, la fábrica de narrativas dedicadas y destinadas a ellos, que es lo que aquí nos interesa.

La nueva creencia de que los niños son distintos a los seres humanos hechos llamados «adultos» permite crear por primera vez en la historia humana otro mundo, un mundo distinto al de «arriba», un mundo especial para ellos: ese mundo de abajo.

La geometría de este nuevo mundo tiene en el plano físico las figuras del óvalo y el rectángulo como sus íconos: oval es el par de brazos que sostiene al bebé, ovalar es la cuna primera, y del óvalo empiezan los rectángulos en las pequeñas camas, en los corrales, en los cuartos que se les destinan, en los jardines de las casas, en el patio escolar, en el parque. Es decir, estas dos figuras geométricas permiten crear espacios que se parecen al mundo real pero no lo son: espacios cerrados y cuidadosamente neutralizados con base en una operación: sustracción.

En estos espacios del mundo de abajo se sustrae lo que podría suponerles un peligro a los infantes y a los niños: filos, fuegos, venenos, etc.

En el plano mental la figura «geométrica» que domina es la estrella. Así como diseñamos en el plano físico espacios de protección y cuidado, en el plano mental construimos los adultos un sitio subjetivo donde puedan residir los niños sin hacerse daño con el saber del mundo. La operación principal allí es la sustitución. Es decir, se retira algo como en el plano real, pero además se trae algo nuevo que reemplace. En términos vulgares diríamos que nos convertimos en especialistas del dar gato por liebre. El ejemplo perfecto, manido y siempre a la mano es la interrogante sobre el nacimiento de los niños. ¿De dónde vienen mi hermanito, mamá? ¿De dónde vienen los niños, papá? Y los adultos no callamos, que sería la sustracción, sino que inventamos una respuesta que apague su curiosidad, que es la sustitución.

El espacio mental del mundo de abajo es, pues, una estrella y yo le he denominado la «estrella ísica» al estar formada por cinco palabras cuya primera letra es la «i». Los «picos» de la estrella, sus vértices, son la inocencia, ingenuidad, ignorancia, incompreensión e ilusión.

Estas cualidades ligadas a lo infantil preexisten a la aculturación, por supuesto, pero lo que hizo el siglo XX fue prolongarlas. Es decir, en la centuria feliz el mundo adulto las cultiva, las mantiene, las cuida, dándole carta de naturalización. *Así son los niños* cuando en realidad se trataba de un deber ser: *así deben ser los niños*.

Cuando se habla del tabú y la censura en la literatura infantil habría que entender que la problemática va más allá de las palabras y de las historias. El tabú y la censura del mundo de abajo podría ser puesto en cuestión también en el plano físico y entonces hablar de la pertinencia o no de permitir los venenos, productos químicos, cuchillos, medicinas, tomas de corriente eléctrica, planchas, hornillas, vértices de muebles, rondanas, tornillos, tuercas en los espacios de su estar (de su bien estar o de su mal estar). Cuando los adultos retiramos de sus suelos o cubrimos, recogemos o ponemos en lo muy alto y fuera del alcance de los niños estos posibles dañadores no problematizamos la «censura» hecha pues sería tanto como decir: dejemos como está el dañino mundo y dejémoslos allí.

¿Quién pone en cuestión esta labor de cuidado físico?

Entonces la pregunta es ¿por qué poner en cuestión el cuidado en el plano mental? Es decir, ¿por qué problematizar la censura en el saber que les damos a los niños desde nuestro mundo de arriba? O ya dicho ya más provocativamente, ¿deberíamos querer o necesitar darles las palabras y las historias ligadas al hambre, al abandono, a la pedofilia, a la prostitución infantil, al rapto, a la violencia intrafamiliar, al suicidio y la muerte?

«La escritura y la lectura de la esperanza o la risa más joven del mundo»

No tengo que decir que el prodigioso intento del siglo XX de cuidar a los hijos como ningún otro siglo humano lo hizo, fracasó. Y no voy a hablar del fracaso en el plano de la salud, en el plano escolar, en el plano de los derechos humanos, sino solamente en el plano íntimo de la geometría estelar.

La delirante evolución de los medios de transmisión, comunicación, información hizo inútiles los medios de protección de quienes pretendíamos mantener en pie las paredes de la estrella. Esa muralla estelar fue atravesada, se llenó de grietas y se vino abajo por cantidad de sitios.

¿Qué invadió su mundo protegido? El mundo los adultos. Lo que hemos hecho del mundo y de nosotros mismos se chorreó hacia abajo y empantanó el mundo infantil.

Por eso hoy la verdadera disyuntiva no está en decidir si censurar o no nuestras palabras y nuestras historias. Más urgentemente lo que está en juego hoy es ¿dejamos a los niños con la realidad en bruto que ya les ha dado alcance o no?

Preferiríamos que los escabrosos temas mencionados y muchos más no existieran en el mundo. Preferiríamos que ninguna niña ni niño alguno fueran arrasados por estas historias reales.

Pero mundo y realidad son así, existen historias terribles, y muchas niñas y muchos niños son arrastrados y arrasados por esas narrativas de carne y hueso y filo y veneno y perversión y rapto y depredación y hambre y muerte.

Preferiríamos que las niñas y a los niños no necesitaran este conocimiento del mundo.

Pero ya nadie está afuera del mundo de arriba que hemos creado o hemos mantenido los adultos.

La única opción que nos resta es hablar, hacer saber, prestar la palabra nuestra para intentar elaborar tanta realidad cruda que ya ha alcanzado a nuestros hijos en este siglo XXI, para así, juntos –niños y adultos, mundo de abajo y mundo de arriba– crear las posibilidades de generarle algún sentido al hambre, a la soledad y al miedo que rodean cualquier abandono, al doloroso testimonio de ver cuerpos adultos transformarse y trastornarse ante la visión de sus cuerpos infantiles, a la posibilidad de ser raptado, al horror que supone ser dañado por los propios padres, al surgimiento de la muerte en la conciencia como fatalidad o como recurso.

Ningún niño escribiría estas historias testimoniales en papel porque antes las historias les pasarían por encima en la realidad y los destruirían. Por eso nosotros las escribimos. Para que nos les pasen por encima.

III

El buen humor inventado para hacernos cargo de quienes son vulnerables es – gracias a nosotros, los hijos predilectos del siglo XX, convertidos hoy en padres y abuelos (gracias a nosotros, pues, y a nuestra terca creencia en la posibilidad de modelar nuestra condición humana)– la principal puerta de acceso a la realidad que desde hace cien años atraviesan las nuevas generaciones. El «ábrete sésamo» de esta puerta hecha de papel conduce a la niñez a un lugar que se parece la realidad. Sólo se le parece. Es un simulacro, un escenario casi teatral, cuyo fin –allí lo deseamos y allí lo trabajamos: el deseo y el trabajo a través de la palabra– es dar la mejor versión de nuestra especie y de la civilización que hemos creado.

Analógicamente, ya lo dije, los frascos con tapas imposibles de abrir, los productos químicos puestos en las estanterías más altas de las casas, los protectores de cada contacto eléctrico, los cajones dentro de los cuales las armas o los instrumentos cortantes y pesados son puestos bajo llave, provienen de la misma preocupación y ocupación con que la literatura infantil procura cuidar a los niños. Todo este diseñado medio ambiente de los hogares, cuyo propósito es impedir que los niños se lastimen a sí mismos, tiene su parangón en el diseño del mundo que se elabora a través de la palabra y la ficción, pero ya sin la posibilidad ni de la sustracción ni de la sustitución.

Si lo que hacía la literatura infantil en el plano mental era impedir que ciertas ideas, saberes, verdades, intoxicaran, cortaran, machucaran, enfermaran a los niños, hoy en día la literatura infantil llega a niños intoxicados, cortados, machucados, enfermos por saberes en bruto y es necesario ayudarles a convivir con eso que han visto, que los ha alcanzado.

La magia de dar gato por liebre, ya no funciona. Dar lo figurado por lo literal, dar la exagerada antropomorfización con protagonismos animales y cosas animadas, abusar del didactismo para ofrecer enseñanza en vez de diversión –rasgos todos que eran consecuencia y no causa de la literatura infantil dedicada a la protección–, han perdido sentido hoy. Si la esencia sustitutiva de la literatura infantil era la obligada puesta en escena de una versión del mundo, de una versión benevolente, protectora, delicada y tierna del mundo, para evitar que se hicieran daño, donde tal arquitectura de la sustitución tenía su perenne fundamento en el «buen humor» de la literatura infantil, hoy el «buen humor» debe trabajarse y crearse de un modo más complejo.

IV

Tanto a la hora de crear el buen humor como a la hora de exponerse al buen humor a través de la lectura, el estado sentimental exigido se resume en la palabra «celebrar»

«La escritura y la lectura de la esperanza o la risa más joven del mundo» 25

y en todas sus derivaciones lingüísticas: celebrar el mundo, hacerlo celebrable, darle celebridad, descubrir lo celebratorio, compartir la celebritud, e incluso hacer celebramen, hacer celebrancia, hacer celebraje: sí, alabar, aplaudir, venerar lo que somos los seres humanos y lo que hemos hecho del mundo.

El toque de Midas para quien escribe y para quien lee literatura infantil es el ejercicio del pensamiento utópico.

No soy ingenuo. Sé bien que la mayor parte de la literatura infantil que hemos hecho y que hacemos hoy en día no se toma, digámoslo así, muy en serio este humor y lo que significa, de modo que buena parte de lo que hacemos es o bien una miniaturización de los otros humores —un kindergarten del sarcasmo, de la ironía, de la crueldad, del cinismo— o bien una fábrica de la seriedad mal entendida cuyos resultados son el viejo didactismo y el viejo moralismo, o, en la exhibición del mundo en crudo en su cara terrible, el tremendismo.

Es inevitable, supongo, que parte de la literatura infantil esté siendo víctima; ya de la ceguera, o sea, de un querer seguir escribiendo como si la estrella ísica se mantuviera en pie, o ya de la corrupción con que el mundo de arriba se extendió epidémicamente hacia el mundo de abajo.

Empatizar hoy con la naturaleza perceptual, afectiva, intelectual, y de sociabilidad de los seres humanos recién llegados y en proceso de humanización es aceptar que hemos vuelto a las épocas previas al siglo XX. Nuevamente las niñas y los niños se encuentran a la intemperie, en riesgo.

Si de por sí el «buen humor» de la literatura infantil era el más difícil de todos los buenos humores inventados por la humanidad pues se trata de la esperanza, del ejercicio de esperar, ¿cómo podemos trabajarla hoy en que la «felicidad» del siglo veinte se nos ha terminado?

La sonrisa y la risa que se derivan de la esperanza se distinguen de aquellas otras sonrisas y risas manufacturadas para el mundo adulto porque estas en realidad encubren el mal humor derivado del saber dolido, decepcionado, sufriente: saber lo que somos y saber lo que hemos creado. Por eso la ironía, la parodia, el sarcasmo, el humor negro, la sátira, el cinismo nos dominan a nosotros.

Escribir y leer literatura infantil es por encima de todo el rito de esperar.

¿Pero cómo se hace hoy?

V

La maravilla de la literatura infantil debería ser siempre, para quienes la escribimos y para quienes la leen, el probar una y otra vez la esperanza, probar hasta dónde puede ser llevada.

En realidad, no hay mejor medio ambiente para trabajar la esperanza humana (y no la desesperanza cuya omnipresencia podría ser una definición de «la otra literatura») que las páginas pensadas para los niños: páginas como ventanas para asomarse al mundo sin riesgos, sin amenazas, sin peligro de quedarse, literal y figurativamente, sin cabeza.

El trabajo de la esperanza humana se resume en un par de antiquísimas prácticas para hacernos de comida: la pesca y la agricultura. Digamos que de esperanza se alimentan los «espíritus» de la niñez y que entonces no tenemos sino dos opciones: pescarla o sembrarla para que nuestras nuevas generaciones no se mueran de hambre.

En pocas palabras, los buenos escritores de literatura infantil son aquellos que trabajan la esperanza y no hay más rutas: a pescar o a cultivar.

La pesca requiere de buenos observadores, de mucha paciencia, de sabiduría para reconocer los lugares propicios para lanzar las redes y recoger historias. Se trata verdaderamente de pescar lo celebrable de nuestra humanidad y nuestra civilización. Si dar una versión benévola del mundo es la función de la literatura infantil —piénsese en ese tapete que solemos colocar en los umbrales con la leyenda «Bienvenidos»—, los escritores pescadores dan entonces esa bienvenida a las nuevas generaciones con una estética ligada al realismo. Realismo purificado, esterilizado, neutralizado, podríamos denominarle así. Su trabajo es encontrar en nuestra humanidad y en nuestro mundo, aquello que sea rescatable, digno de multiplicarse en ejemplo, merecedor de preservación, y dárselos a los niños como regalo a través de historias.

El «BIENVENIDOS AL MUNDO» de los escritores agricultores es distinto. Lo suyo no son los alimentos terminados y listos para consumir, sino las semillas. Lo que estos escritores ven no existe todavía y por eso se necesita de aún más paciencia que la requerida en la pesca para hacer salir del suelo lo que tan fácilmente parece salir del agua.

Cultivar una realidad inexistente, eso resume su faena.

El regalo que dan los escritores agricultores a las nuevas generaciones es un universo paralelo. E intentan algo un poco delirante con ello: convertir la esperanza en fe. Una fe loca como toda buena fe, es decir, una que mueva montañas y que resucite muertos. Los escritores agricultores no dirían que es un engaño. Dirían que aprender

«La escritura y la lectura de la esperanza o la risa más joven del mundo» 27

mentalmente a deslizar montañas y aprender mentalmente a devolver la vida es parte del proceso de la siembra y de la germinación. Dirían que se trata de extender una creencia: la creencia en la creencia. Es decir, la fe en la fuerza de las manos y de las cabezas y de los corazones humanos para empezar a crear aquello en lo que han aprendido primeramente a creer.

Dije antes provocadoramente que si no hubiera niños no existiría la necesidad del buen humor. Ahora diría que, si el mundo no fuera lo que es, tampoco existiría la necesidad del buen humor.

El buen humor —y esto va a sonar mal— protege del saber (mientras que el mal humor proviene del saber para aliviar momentáneamente de ese saber).

Lo que quiero decir —y esto va a sonar peor— es que la verdad y la literatura infantil no se llevan bien.

El buen humor de la literatura infantil proviene de su ausencia y por su ausencia es que florece.

De hecho, todas las operaciones de sustitución de la literatura infantil eran en realidad una sustracción mayúscula: la censura de la verdad.

La literatura del buen humor reniega y le da la espalda a esa verdad que tarde o temprano alcanzará a las nuevas generaciones para descabezarlas o volverlas adultas.

Es la verdad la que nos hace residentes del mal humor y de su breve antídoto: el humor amargo, irónico, sarcástico, cruel, paródico, cínico.

Los escritores de literatura infantil tenemos una loca esperanza, una demencial fe: el yacimiento de buen humor de una generación puede hacer la diferencia. El mundo es una tabla rasa para cada descendencia y el «treinta años después» sería —pensamos, deseamos, queremos creer— un tiempo suficiente para extraer otra humanidad de la humanidad si les llenamos la boca de sus espíritus con historias benévolas, protectoras, delicadas y tiernas. Es decir, si logramos darles la esperanza que todavía no saben que habrán de necesitar.

Pero ¿cómo hacerlo hoy en día cuando la verdad ya no se va del mundo de abajo? ¿Cómo se crea la esperanza con la verdad al lado?

VI

Al parecer ya no sólo se trata de celebrar el mundo nuestro y la humanidad nuestra —aquello que haya de celebrable para que en su adultez las niñas y los niños de hoy

no se mueran antes de tiempo— sino de hacer algo para que la propia vida de nuestra especie no siga los caminos del fin prematuro que, por desgracia, también y tan bien, hemos sabido pescar de la vida y cultivar en la imaginación con el propósito consciente o inconsciente de llevarla al papel y así reduplicar, en palabras y en historias, los actos que son antiregalos, los actos que son anticelebración, de una parte de nuestra humanidad que también busca multiplicarse y derramarse por el mundo y por las páginas como un final de la esperanza.

Digamos que a la literatura infantil también ha llegado la guerra y lo que nos disputamos aquí son la sonrisa y la risa más jóvenes de la humanidad: aquéllas que esperancen o aquéllas ya tan listas para desesperar y desesperanzar en el mundo por venir.

VII

Dar gato por liebre era mentir. Y lo hacíamos bien. Todos nosotros, hijos de la centuria feliz, venimos de la mentira y nos acostumbramos a ella: los reyes magos, el ratón de los dientes, papá Noel son un ejemplo de estas puestas en escena de la mentira que llamamos ilusión, una de las puntas de la estrella ísica. A través de diferentes ritos, mitos y juegos asentados también en la mentira cultivamos del mismo modo la inocencia, la ignorancia, la incompreensión, la ingenuidad. En la creación de literatura infantil son un vestigio multitudinario los predicadores de la mentira. Estos escritores —todavía mayoría— mantienen la creencia ísica a pesar del desplome estelar. Junto a estos, han surgido otro tipo de literatos que podemos dividir en los predicadores de la verdad en bruto y los predicadores de la verdad elaborada. Los primeros, a semejanza de los noticiarios, los periódicos, la red, traen al papel la realidad y la ofrecen con el argumento de que no podemos seguir negándoles a nuestros hijos el enfrentamiento con el mundo. Los segundos saben que las niñas y los niños jamás deberían ser dejados solos en medio de tal desastre (narrativo) de la verdad. Abandonados en el mundo adulto sin una mano y una voz, ¿lo visualizan? Acompañarlos, a eso se dedican los predicadores de la realidad elaborada, y para ello se dedican al delicado y complejo trabajo de darle sentido a lo que no lo tiene. La realidad que ofrecen sus libros no es la mentira, pero tampoco la verdad. Es la revelación.

VIII

Toda lectura es en realidad una lectura del mundo; todo libro es en realidad un observatorio: lo que vemos a través de las páginas y las palabras es un fragmento del mundo humano.

«La escritura y la lectura de la esperanza o la risa más joven del mundo»

La pregunta entonces tendría que ser no hacia dónde apunta la lente del observatorio –la mentira, la verdad en bruto, la verdad elaborada– sino sobre todo ¿de qué está hecha esa lente?

La mayor parte de la gente ocupada y preocupada por la literatura infantil –porque la literatura es una de las rutas por donde se reciben las primeras noticias de este mundo nuestro– se concentra en la primera pregunta y por tanto en el trabajo implícito de la censura y la selección orientada hacia las temáticas. Se olvidan de la lente.

La maravilla está en la lente: un vidrio hecho de benevolencia, protección, delicadeza, ternura.

Es la lente la creadora de los temas. O, dicho de otro modo y en contra de lo que se cree, no hay temáticas preestablecidas para los públicos lectores y entonces no tendría por qué haber límites temáticos para nuestras nuevas generaciones humanas.

IX

En la literatura infantil empieza a doler la mentira y no es necesaria la verdad en bruto.

A la verdad en bruto suelen llegar las niñas y los niños a través de pesadillas que ya no suceden en los sueños, a la verdad en bruto suelen llegar a través de la escuela, a la verdad en bruto suelen llegar a través de sus propias vivencias, a la verdad en bruto suelen llegar a través de la boca y las ventanas del mundo adulto (diarios, televisión, computadoras)

Dado que es imposible escapar de la verdad, necesitamos una verdad distinta. Una cargada de ciertos sentimientos neutralizadores del daño que esa misma verdad encarna.

Existe un grave riesgo: nosotros.

Nosotros somos el peligro en la literatura del mundo de abajo. Los necesarios adultos creadores (y ojalá que creyentes) de la literatura infantil.

X

El humor adulto siempre está ligado al mundo. No es una versión de la realidad. Es un trabajo sobre la realidad para desactivarlas como si se tratase de una bomba. El

humor consiste simplemente en tratar «a la ligera» las cosas graves, y tratar gravemente las cosas ligeras. Esta especie de inversión o mundo al revés hace del humor una toma de distancia, nos separa y con ellos perdemos la posibilidad de identificarnos y empatizar. De algún modo activamos una fuerza semejante al desprecio y no al aprecio. La excesiva distancia entre nosotros y la cosa –antes de llegar a la indiferencia donde no florece ya ninguna risa– crea el cinismo.

Los escritores de literatura infantil corremos el riesgo de desentonar, es decir, de crear una lente afectiva atravesada por el cinismo, el sarcasmo, la ironía, el humor negro, la sátira.

Nuestro humor en las páginas dadas a nuestros hijos. Nuestro mal humor tramado con cicatrices, moretones, heridas, luxaciones, desgarraduras de nuestro andar por el mundo.

XI

Volvamos casi al principio: ¿Qué hacemos los escritores adultos escribiéndoles a los niños? ¿Quién nos ha dicho que la literatura adulta no necesita esperanza? Es decir, ¿por qué no ir a hacer la esperanza allá, en los libros que nos escribimos a nosotros mismos, las generaciones de salida? ¿Por qué no crear allá este humor hecho del cuidado, de la ternura, de la protección? ¿No será porque estamos impedidos? ¿No será porque somos una muestra de lo que nos hace a los seres humanos la verdad en bruto tempranamente llegada a la vida?

Aprender a cultivar esperanza en la literatura adulta sería quizá el prerequisite antes de aventurarse a cultivarla en la literatura para nuestra humanidad por venir.

Al parecer ha sucedido lo contrarios. La literatura adulta ha aprendido de la mala literatura que elabora a sus niños una arquitectura de esperanzas absurdas e inverosímiles y hechas de estupidez para llevarla al papel del mundo de arriba.

XII

Ha sucedido una increíble inversión. Nada puede la estrella ísica cuando se ha llegado a la verdad y sin embargo y paradójicamente tenemos la pretensión de resucitar la estrella ísica en el mundo adulto. Lo que ya no podemos hacer con los niños queremos hacerlo con nosotros los adultos: crear para nosotros una literatura ingenua, inocente, ilusa, ignorante, O sea Idiota.

«La escritura y la lectura de la esperanza o la risa más joven del mundo»

31

En lugar de dedicarnos a crear la esperanza en quien la necesita, nos traemos del mundo de abajo es fallida mentira creada por nosotros mismos.

Es una perversión extraña o incluso podríamos llamarla antiperversión: la infantilización del mundo adulto.

XIII

La escritura hecha para la niñez y la escritura hecha para las demás edades humanas se separaba hasta hace poco por la necesidad o no de la esperanza. Lo que pone en evidencia la pretendida antiperversión es que nos equivocamos y que la humanidad, en cualquiera de sus edades, necesita esperar.

Si aceptamos esto, podemos entonces reconocer que, en todas edades, la esperanza se trabaja del mismo modo. Invariablemente se mantienen la necesidad de la pesca y de la semilla; pescar la esperanza, que es saber descubrirla allí donde esté, y cultivar la esperanza, que es llevarla y ponerla allí donde sea necesaria.

XIV

Los riesgos en los que está cayendo la mala literatura adulta y la mala literatura infantil tienen que ver con la pereza. La pesca de la esperanza se concentra en ver lo obvio; de tanto poner los ojos y la palabra en lo evidente no consiguen sino banalizarlo. Y el cultivo de la esperanza se reduce al truco. De allí nuestro regreso a la magia.

Ir más allá de la pereza implicaría por un lado la capacidad de ver lo invisible (le llamaré epifanía exterior) y por otro lado la magia verdadera –la magia verdadera de traer algo de la nada e imponerlo a la realidad: inmediatamente hacerla ocupar un lugar en el espacio y que entre en una relación donde adquiera el valor de factor, de elemento, de red causal y entonces ser convertida en un fenómeno que se subsuma a las leyes físicas– (le llamaré epifanía interior).

XV

El trabajo de la esperanza en todas las literaturas –contra la verdad en bruto que pide inmediatamente un humor que distancia y desactive– es la verdad elaborada a través de una u otra epifanía (exterior o interior).

Podemos referirnos literariamente a esta labor parafraseando a Joyce. Entiéndase entonces por epifanía una súbita manifestación espiritual. Se creía que le tocaba al hombre de letras registrar esas epifanías con extremo cuidado, visto que ellas mismas eran los momentos más delicados y evanescentes de los fenómenos del mundo. El verbo epifanizar revela una creencia. Joyce creía que de nosotros dependía el ajuste de la visión a un foco exacto para poder ver lo invisible. La mente, para aprehender ese objeto, dividía el universo entero en dos partes, el objeto y el vacío (aquello que no es el objeto). Para aprehenderlo entonces debía elevarlo, separándolo de todo lo demás. Y sólo entonces podíamos ser capaces de reconocer esa cosa que es. Es decir, el alma de la cosa salta a nosotros desde la vestidura de su apariencia y el objeto logra su epifanía.

Eso ocurriría con las cosas del mundo. ¿Pero cómo se consigue tal magia con los asuntos humanos?

XVI

Una manera poética de hablar sobre la profesión verdadera de los escritores de literatura infantil diría que somos epifanizadores. Y que nuestro trabajo es aprender a encontrar la esperanza hacia adentro y hacia fuera, en el interior y en el exterior, y a través de esta doble ruta de exploración y explotación crear una realidad alterna (la utopía) y aprender a recrearla en esta realidad nuestra (al rescate).

Si, más poéticamente aún, le diéramos imágenes a nuestra labor veríamos que nuestra literatura son alas, salvavidas, acunamientos, manos adultas abriéndose para ceñir amorosamente una mano pequeña.

Sin poesía de por medio es difícil explicar lo que hacemos.

En mi caso –cada escritor podría dar cuenta de su proceder– se reduce a las pantanosas arenas movedizas de las crudas verdades y la riesgosa tarea de adentrarse a voluntad. La violencia entre niños, la violencia familiar, el abuso sexual, el divorcio, el suicidio, la muerte, son algunos de las pantanosas temáticas en las cuales me he adentrado por intentar acompañar a la niñez en estas problemáticas que son su vida. Escribo con la ternura y el cuidado mencionados –sin agravar más lo grave, sin espinar más lo espinoso, sin encrueldar más lo cruel–, pero para mí no está ahí, en la ternura y el cuidado, el humor necesario de la esperanza. La esperanza no puede mentirse, ficcionarse, inventarse. Aquí radica lo verdaderamente difícil al escribir este tipo de literatura. La arena movediza me va dando a los tobillos, a las rodillas, a la cadera, al pecho mientras escribo intentando, digámoslo así, darme una epifanía. Epifanizar y epifanizador son palabras necesarias porque demuestran que no se trata de recibir, de ser «bendecidos» por una iluminación, sino de exponerse y justamente en este

«La escritura y la lectura de la esperanza o la risa más joven del mundo»

33

acto de vulnerabilidad provocar la posible revelación que sería la esperanza. Con las arenas movedizas hasta el cuello, hasta el mentón, hasta el labio superior, a veces veo, y entonces mi libro –además de ser un acompañamiento por la desoladora verdad (pero al menos no por la dañosa verdad de la brutalidad, del embrutecimiento rocoso, sino la atenuada verdad del ablandamiento y del pulimento hecho por lo elaborado)– será por encima de todo itinerario hacia una realidad alterna pero posible que es donde la utopía deja de serlo por la gracia de la esperanza.

He aquí el verdadero buen humor de la literatura más niña del mundo. La más joven y necesaria risa cuando se acaban o se acaben los motivos de reír.

XVII

El regalo de la literatura infantil a toda la demás literatura; es decir, el regalo del mundo de abajo al mundo de arriba, sería la posibilidad de aprender (y no de enseñar, como solemos entenderla). Y la mejor manera de aprender de ella sería conseguir extrapolar al mundo adulto esta actitud ética para esperar.

Aforismos a modo de epílogo

La gracia de la literatura infantil y de los cien años de cultivar en el mundo el cuidado de las nuevas generaciones es un tipo de risa que no existía. Además de gracia, gracias, es su don.

Si no existiesen niños, no sería necesario el buen humor ni para leer ni para escribir. Si no existiesen seres humanos que han dejado de ser niños no sería necesario el mal humor.

El mal humor es prerequisite del saber, de la conciencia. Y el mal humor es la huella de tal saber en el sentimiento.

El buen humor es el mar que se abre en dos para permitir el paso.

El mal humor es el momento en que el mar se va a cerrar de nuevo... El necesario conocimiento antes de que se nos vengán encima las toneladas de transparencia.

La esperanza es aprender a leer el mar o hablar con el mar o escribir el mar.

Si vivir significaba escapar de la estrella ísica que nos protegió de niños y aceptar el mundo en el que vivimos, hoy, sobrevivir significa dar sentido a lo que no lo tiene en el mundo donde vivimos y convertir así la verdad en bruto en una realidad elaborada y pescar o cultivar allí la esperanza.

Para llegar a la lectura de la esperanza es necesario escribirla primero.